

Ayuda del Diablo

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Ayuda del diablo (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Sin utilizar inapropiadas vehemencias o melancólicas displicencias, durante ese encuentro con Felicia Archetto (que no resultó en una agonía ni una máquina de picar carne), Rogelio Giménez armó su argumento. Y no fue como los que se comportan selváticos o torrenciales, sino que actuó como un hombre sumido en desgraciadas coyunturas, algo traumatado, que en algún momento destruyó muchas de sus opciones por servir a la Señora.

Le brindó chirriantes informaciones de lo que le ocurría, de las insultantes confrontaciones a las que en forma diaria hacía frente, y se ejemplificó como el pobre tipo al que ataban a un palo para arrojarle verduras en descomposición. Se había convertido en un personaje al que el imaginario colectivo identificaba con la amplitud del mal, y del que decían que era un mendaz que tuvo una filibustera maestría en el manejo de las cuentas públicas.

Seguidamente, el hombre se embarcó en varios recuerdos con una incontrastable solemnidad que tomaba distancia de cualquier rencilla; se refirió a como juntos habían hecho el duro trabajo que no sabían hacer los de la presente administración (frente a la Señora Archetto, Giménez se conducía con humildad y apenas arrojaba algo de fuego sobre su megalomanía).

Asimismo, habló de cómo habían salido de pestes poco comunes, de la mutua condición de padres, de aquellos que querían vedarlos en las listas políticas, y de las múltiples restricciones que les imponían (y le recordaba lo acaecido durante las pesadas dictaduras militares).

Entendía que esa mujer fue quién le había dado vida política, pero también quién lo hizo descender a purgatorios judiciales al haberlo comprometido en asuntos riesgosos: Giménez recibía malditas acusaciones, una detrás de otra, y si algún día se cansaba estaba seguro que le diría, que sus apreciadas aptitudes no se basaron en servilismos... pero no que le referiría que lo había puesto en la línea de fuego y temía que lo abandonase. En esos instantes de angustia e indignación, procuró sustraerse de correntadas verbales impropias, a pesar de que recaía sobre

él lo erróneo que se había acumulado durante la gestión de Archetto.

Ella había sido la creadora del monstruo que representaba en público, al que no le había dado libertad de movimiento, pero sí lo había embrutecido con el fin de que soportara los golpes, mientras ella no prestaba atención a lo que pasaba remotamente, y se preocupaba más en adelgazar algunos gramos de sobrepeso que en articular con sus labios una orden, o un llamado de atención que pusiera las cosas en su sitio.

Lo había convertido en un Frankenstein que dirigía en forma mecánica, y libraba a la anarquía después de ponerse perfumes con tufos mesiánicos.

De cualquier manera, en esa hora la Señora Felicia le empujó buenos consejos que reflejaban a la vastedad de sus causas nobles, con la misión de que las graves y tempestuosas acusaciones no siguieran clavándose en su pecho. Se enfocó en las condiciones políticas contrechas, y afirmó que pronto esa situación cambiaría en forma dramática e irreversible.

Se mostró simpática, e interlineando un esforzado rictus le dijo que era uno de sus amigos preferidos, y que las entelequias judiciales abogadas por sus adversarios, partían de elucidaciones azarosas cuyas existencias nunca fueron probadas; se trataban de defalcos imaginarios que fueron encontrados a través del ejercicio de indagaciones malintencionadas que se ajustaban a una dinámica de sospechas en contra de los funcionarios populares (además de ser asomos pesimistas acerca de la naturaleza humana).

Rogelio Giménez, un hombre alto, ubicado debajo de las nubes de los humos de los cigarros que fumaba, había sido reivindicado por la Señora... aunque en privado solía denostarlo. Según su más inmediata versión, éste no era un hombre en declive y amargado, sino un titán, un creyente al que había que salvar de la hoguera. Y eso sería lo que haría debido a su increíble bondad más que por el estricto cumplimiento de una disciplina partidaria.

La que había sido presidente de la república se vincularía a la trabada situación judicial de Giménez, a causa de su preocupado y amoroso carácter. Su propósito era el de borrar de un saque a las potentes derogaciones con que lo martirizaban. La Señora Archetto no era una mujer encerrada en sí misma, por el contrario, se movilizaría con el fin de que no se dieran más esas raras tergiversaciones judiciales, ni la una mínima sombra de sospecha cayera sobre los suyos.

Rogelio Giménez se hallaba en el domicilio de la influyente dama, sonriendo su inflada cara de labios salientes, y acomodándose con la mano a sus raleados cabellos.

Conocía de sobra al inflamado carácter de la Señora, y se desplazó con cautela por la sala, temiendo que, en algún momento, a esta se le despertasen abruptos recelos, y le dijera que se vaya porque ya que no lo aguantaba. El eje que daba solidez a esa relación, era que ella no descubriera en él a un tenue gesto o actitud que se revistiera con la infamia de un secreto.

Juntos examinaron métodos disponibles para blanquear su responsabilidad, atendiendo a que había sido una figura destacada en su gabinete. Pero en el medio de esa charla, Rogelio recordó que debía tomar una medicación para su enfermedad respiratoria, por lo que, apremiado, le pidió a la Señora que le proveyera un vaso con agua. Ésta, mandó a una mucama a que se lo trajera. Giménez tomó una pastilla rosada, y al hacerlo, hizo más patente a su imagen de hombre cansado y perseguido.

Antes de parlotear sobre otro tema, o explicar cómo las divergencias entre compañeros terminaban en desatinos, Felicia Archetto se correspondió emocionalmente con el asustado hombre. Reflexionó con discreción que los tiempos eran tan inestables como pasajeros, y dio varias vueltas por el amplio salón, estampando los sonidos de sus delicados tacones sobre las maderas del suelo. Por cierto, ocultaba sus miedos con una sonriente máscara de confianza; pero al pensar en los titulares de los diarios y en los procesos judiciales, no se le revertía al presentimiento de que la querían acorralar.

Pronto, alzando su voz, dijo que representaba con suma seriedad una línea política, y que poseía las pistas inimaginables y los significados ocultos de lo que sucedía (conocía causas y entramados teóricos que lindaban con la ficción). Y que, si se lo proponía, desenredaba cualquier embrollo.

No ignoraba las desdichadas conjeturas que lanzaban con caótico fervor sus enemigos políticos, los fanáticos que echaban maliciosos asuntos a destiempo, pretendiendo arrojar luz sobre lo que había sido adecuadamente oscurecido y en verdad era encubiertas facetas de la lapidaria obra de amor que había hecho durante su brillante gestión.

De súbito, la Señora adquirió la locuaz asistencia de la consternación, y agregó inflexiones muy mandonas. Pulverizaría los adornos mentirosos que le habían puesto a su administración, con el fin de que la lúcida posteridad nunca le reprochase nada. Terminaría de una vez con la horrible agresividad que había en su contra y tomaba cauces jurídicos. Porque los refractarios le creaban permanentes humillaciones y amarguras, y bregaban para meterla en la cárcel, cuando ella había luchado por la causa de los oprimidos, la justicia, y en contra de las codiciosas maquinaciones que sobreabundaban en el mundo; con asiduidad había desarticulado al desprecio e insensibilidad con que habían

tratado al pueblo.

Los necios con sus arremetidas conspiradoras no respetaban su investidura de ex presidenta.

La mujer presentía torbellinos de descontentos, pero consideró que en tanto conservase una pizca de poder, el negro día de su decadencia nunca se haría real. Y las injuriosas estéticas judiciales no la rozarían, ya que estaba por encima de la maldita estirpe de los jueces y de las infectadas e hipotéticas tramoyas con que se inyectaban falaces sensaciones de poder.

También odiaba a los que se animaban a escribir mal de ella en los periódicos, y que ociosamente la vinculaban con la corrupción... una fragante contradicción si se consideraba lo cuantioso que había hecho por los pobres. Le bastaba citar cinco resultados del provechoso total de su gestión para demostrar que había auxiliado a los más humildes. No había entregado los mejores años de su vida, para que, con una catarata de citas judiciales, aparecieran inquisidores con intención de introducirla en un sinfín de incoherencias. Y no aceptaría las intrigas palaciegas de los que desvirtuaban la hermosa herencia que había dejado a la patria. Esos atrevidos sugerían que su historia estaba llena de ilegalidades, cuando nunca admitió haber cometido un insignificante latrocinio. Y no había por qué inventar a algún dinerillo que embuchó como un mero recurso para favorecerse en las transiciones electorales, o usó como indelegables viáticos, o fueron comisiones por el muchísimo esfuerzo invertido... que la reguardarían de cualquier nefasto contratiempo que le inventarían en el futuro.

No aceptaría que hicieran lecturas ingenuas del pasado, ni que estas devengasen en un criterio canónico que sería opuesto al que la gente tenía que percibir.

Por eso le dijo a Giménez como una verdad de Perogrullo, que lo cercarán durante vastas fechas, e incrustarán agujas y alfileres en la simbólica carne de inertes muñecos, durante ritos que alongarían sus cargas profanas. Pero ella barajará y dará las cartas de nuevo, y nadie lo asociará a riquezas mal habidas.

Estando Archetto al mando del Partido nadie privará a Giménez de su protección, ni le impedirá el acceso para verla. Y una vez más, doblegará a los que le ponían tercos obstáculos, y de acuerdo a la pureza de su ambición volverá a rondar por las oficinas del poder más alto. A esa gentuza sin educación ni discernimiento, no le permitirá que se derrochen los fondos de la justicia en acusaciones sin fundamentos. Su periplo no había terminado, y era la misma indómita mujer que seguiría dando inexorables alegrías a quienes la habían votado, y tenía repartidas alianzas en los estratos burocráticos claves que le permitirían hacer cesar

a los perversos protocolos jurídicos.

Felicia Archetto le brindará su ayuda a Rogelio Giménez, como a cualquiera de sus otros ministros, con la comprensión de que su gobierno casi perfecto había colmado al país con esplendidas felicidades (frente a sus grandes conquistas sociales ahora la confrontaban con un vergonzoso cúmulo de retruécanos!).

Esa declaración fue correspondida con agradecidas morisquetas por el sujeto acostumbrado a pasar por un flemático burgués, incapaz de crear reyertas en el gabinete o cargar algún fiambre sobre sus hombros. Un hombre del llano que reivindicaba a la magnitud tesonera del que había sido su trabajo, y cuya única obsesión era criar gallinas y palomas en su granja (sacralizaba a los paisajes rurales mientras intentaba ignorar las ofensas).

La mujer le aseguró que, si alguno le arrancaba uno solo de sus cabellos, le cortaría la cabeza. No toleraría que le echaran acérrimas críticas, o que entretuvieran interminables vilipendios acerca de las excelentes tareas que realizó, a través de horripilantes omisiones o agregados. Utilizaría la pléyade de armas que disponía, con la fuerte motivación de frenar a los que soñaban con darle una media vuelta a la maravillosa marea histórica que había iniciado.

Lo que concluyó durante ese encuentro, fue que sus adversarios, al final, tendrían la amabilidad de marcharse y dejar en paz a ese bonachón, renunciando a las retóricas rencorosas o desvalorizaciones ridículas con que enlodaron sus virtudes. Debían marcharse fuera de las fronteras de ese inocente país en cuyos espacios nadie había compuesto algo ilícito.

Lo único que habían conseguido fue armar un teatro con obras trágicas que no tenían argumento, pero debido a sus denodadas payasadas lograron hacerlas pasar como mediocres comedias. Aturdían a la audiencia con sus parlamentos negativos, pero dentro de la estrechez del escenario, apenas tenían unos metros para caminar.

Afuera, el deslizado sol no tenía más interés en seguir tocando con sus dedos dorados a los desfiladeros de cemento de la ciudad de Buenos Aires, y la mujer echó a su visitante sin decir agua va, tan sólo levantó su brazo izquierdo e hizo flamear sus dedos con un ligero vaivén. (Esa resultaba una indicación más sosegada que ametrallar a esa etapa vespertina de la jornada con palabras soeces).

A Rogelio Giménez tal procedimiento le resultó natural, y se retiró creyendo que jamás serían teñidas las arenas de rojo con las sangres de los acólitos de la Archetto. Esa mujer era el arquetipo de la combatividad y guapeza, ya que destruía a sus oponentes sin piedad. Sin agregar nada, se precipitó a la calle a buscar su automóvil. Afuera, observó la estampa

señorial de algunos edificios, a obreros que en las veredas ponían vallados (que lo obligaron a zigzaguear), y a algunos viandantes que al verlo salteaban la senda haciendo como que no lo reconocían. Para Giménez, estos, que no querían saber nada con las provechosas políticas expandidas por la Archetto (con las que se había asegurado millonarias fortunas en el pan de cada día), con sus desubicados gestos reflejaban a la inmadurez del país. Este estaba formado por gente crédula y estúpida, que se encerraba puertas adentro y prefería ser arriada por los gritones de turno.

Enseguida razonó que nunca lo cazaría la Justicia, porque no había juez que se atreviera a enfrentarse con la Señora. Cualquier proceso que le iniciaran, sería una ceremonia estrambótica y a lo sumo ornamental, un juego atribuido al placer de atar algunos nudos paradójales, pero que nunca llegaría hasta las borrosas profundidades de lo que forzosamente se ubicaría dentro de lo inverosímil.

En el interior de su enorme departamento, Felicia Archetto calculó haber acabado con los escepticismos de Rogelio Giménez. Sentada en un sillón, sepultó sus pies en el tronco de un mimoso gato. Había sido implicada en muchos sinsentidos, en charladurías incitadas por el ostentoso furor de los envidiosos.

La mujer analizó que la corrupción era la inmediata y necesaria consecuencia de la libertad, y que nadie debía escandalizarse por ésta, especialmente al ponerse el sol. Porque la noche era el puente hacia los sueños, en donde se atrofiaban las discusiones y reinaban las verdaderas expectativas. Estos resultaban ser la cubierta perfecta de los colores y los variopintos intereses. Y acababan con las concepciones dramáticas al hacer que únicamente floreciera la naturaleza interna de los hombres, quienes dejaban de ser los que se abocaban a reiteradas mezquindades, con el objeto de formar parte de fatalidades alternativas.

Nada quedaría, a no ser intangibles sumas de imágenes que forzaban a los humanos (criaturas que corrían con un cuerpo y eran el remanente de todas las guerras) a cerrar sus ojos, y desplegarse en planos horizontales para liquidar las vastísimas historias con sus inevitables ansiedades, que sus almas habían acopiado durante el día. De esa forma escapaban piadosamente de sus errores mientras exploraban fértiles relieves que jamás se integrarían al mundo físico. Dejaban atrás a las soserías diurnas con la despreocupada meta de desfilarse por las tendencias ocultas que se plegaban a sus personalidades (por las cuales ganarían como cuervos o saltarían como liebres).

Por unas horas se desvinculaban de la sufriente humanidad, y pisaban las flotantes tierras de los sueños, con la fascinación de valerse por sí solos sin utilizar los sentidos. Soñaban, de acuerdo a la descripción que se hicieran de sí mismos, a partir de cuentos, que, pese a sus absurdos, no

eran menos ciertos que cualquier vivencia.

Según Felicia Archetto, los sueños debían ser los únicos jueces autorizados para resolver las vulgares disputas entre los hombres, ya que siempre apañaban a los que quieran ser libres.

II

En otra parte de la ciudad, Giménez, su servil delegado, se convenció de que serían muy arteros los esquemas que le facilitará la Señora con el propósito de que no lo jodieran los jueces. Aún no podía precisar sus planes porque la sorpresa era una de las atribuciones centrales que ella se reservaba. Archetto tenía la habilidad de confiscar expedientes urgentes y arrojarlos al tacho de basura, y con sólo decir una frase cursi demolía los trabajos de inútiles magistrados que se quedaban perplejos rascándose los ombligos.

Con esos pensamientos, el hombre se envalentonó caminando hacia atrás. Se sintió tan inspirado que encendió a su equipo de audio, y unificó a sus pensamientos con la mejor música clásica. Luego cenó de acuerdo a las elementales normas del buen vivir, y se rio entre dientes de sus perseguidores quienes pronto lo mirarían desde lejos, maldiciendo las quimeras que los llevaron a hacerle deshilachadas acusaciones.

En un cercano futuro se terminarían las tretas que hicieron gracias al improcedente uso de sus competencias, y no se empeñarían en crear sucias disputas. Con la Señora a su lado saldría ileso de sus cavernosos ataques, porque si él caía... eso sería un suicidio para la Causa Nacional. Ella nunca fue indecisa, y pese a la crudeza con que se expresaba, de seguro conservaba de él agradecidas memorias.

Concertaban los mismos presupuestos, y la certeza de Giménez se basaba en que nunca dentro de sus muchos años dentro del gobierno, lo había dejado a la buena de Dios. La mujer limpiaría las simulaciones jurídicas que le compilaban panoramas de incertidumbres, alegando que esas denuncias que fueron remitidas con el deseo de perjudicarlo, habían sido hechas de mala fe o se fundaban en interpretaciones perniciosas.

Lo que ambos habían hecho durante el período que les tocó administrar al país, había sido en el nombre de los pobres (opción retórica que les dio muy buenos frutos). Y jamás se suspendería el principio de que la corporación política gozaba de la invariable impunidad. Porque un fundamental imperativo ético era que el entrante gobierno no hiciera cargosas exigencias a la Justicia, con la convicción de que se reproduciría esa benigna actitud en el que lo reemplazaría, después de los desarreglos que inevitablemente habría de cometer.

Resultaba obvio que Giménez había contado con la copiosa complicidad de la Señora en la planificación de los escamoteos de monstruosos montos, aunque, ahora, fuera el único al que responsabilizaban por aquellas operaciones tan lucrativas.

Por eso, lo que decían de él además de tener escasa autenticidad, era una deformación de la moral pública que se representaba en el juicioso silencio!

El hombre se repitió a sí mismo que esas instancias jurídicas respondían a fases ilusorias, ya que se correrían los límites cronológicos al infinito, y se presentarían tal inagotable cantidad de papeles impresos, que acabarían con los depósitos de tinta disponibles en la región.

Rogelio Giménez mantenía una rasante presencia de ánimo esperando que aquello se superase a través del olvido, como a menudo había ocurrido en la dramática historia del país.

III

Leyendo gruesos expedientes, observando a las propiedades de las cosas en su conjunto, sentado, flexionando sus rodillas, alargando sus codos sobre el escritorio, y tocando a insondables precipicios con las puntas de sus pies, el fiscal Repat enlazó sus manos debajo del mentón.

Al fin pondría en carpeta a Giménez mientras apuntaba sus cañones sobre Felicia. Había preparado la escena con la intención de que no hubiera sospechosas postergaciones. También reunió 564 páginas de expediente para dar inicio a la Causa. Con esa exhaustiva investigación sobrepasó a la que antes se habían abocado sus frustrados camaradas. Y lo exaltaba la cercanía del momento de la verdad, en el que al fin la corrupción de las precedentes autoridades del país sería expuesta.

Repat se levantó de la silla para dirigirse hacia la luz del sol, que recién se introdujo en su despacho luego de que corriera las cortinas de la ventana. Estudió cómo en la calle se mantenían los ritmos acostumbrados.

El fiscal sonrió, se sentía distendido de tal manera, que permitió que su mente descendiera por banales cauces filosóficos. Su rostro bruñido y tronador, había salido por la pantalla chica, mientras estaba sentado dentro de esa misma oficina, en el sillón de cuero morado. Había pronunciado con muchas agallas los nombres de los que hasta entonces habían sido intocables, con la sobriedad de demostrar que la Justicia no se desviaría otra vez por las tangentes, ni que la ley hacía análisis distintos de los poderosos.

A Rogelio Giménez nunca le habían hecho reproches jurídicos, y todavía se movilizaba libremente por las calles. Pero merced a sus esfuerzos, ya

nadie volvería a estafar al pueblo ni a cometer abusos de poder. A partir de la condena de ese hombre se erigiría una palpable advertencia.

Repat impulsaba opciones constructivas dentro de los órganos judiciales que no habían sido ganados por el fraude o el hampa. Había declarado que cuando la Justicia chocase con los que tejían las fibras institucionales, no se encaminaría al fracaso. Hacía un trabajo sin claroscuros con la convicción de que aquellos que gobernaron cometiendo rapiñas no disfrutarían más del lujo y el confort.

Quería extinguir a la vieja impunidad, que era la tácita concesión con que la sociedad se inclinaba frente a los que se turnaban en el poder. Había presentado en Tribunales un buen cúmulo de pruebas con el fin de restaurar la fe en las instituciones democráticas.

Desde el primer momento la Señora Archetto culpó al fiscal Mario Repat de basarse en invenciones que carecían de cordura, y de ser el dueño de una notable impericia.

Ante sus adeptos efectuó una eruptiva descripción de ese hombre, que de a poco se fue convirtiendo en una bravata. Se enfureció porque Repat le creaba ámbitos hostiles con sus rampantes presentaciones con los que ensuciaba a la historia corporativa de la República.

- "¿Quién le dio permiso? Ese hombre es un descarado que quiere hacerse famoso a costa mía", había dicho con una malherida entonación en su voz.

Su desparpajo eran una falta de respeto a los excelentísimos organismos que encarnaban la soberanía de la nación. Ese fiscal, una vez había pedido (inútilmente) que confiscaran sus caudales, cuando todo el mundo sabía que estos se debían a una grata herencia familiar. ¡También había hecho cuestionamientos degradantes a su persona!

A causa de sus regresivas fobias, anunció que en el transcurso de su gobierno se habían hecho misteriosos peculados. Y para empezar, le atribuyó la endeblez de la culpa a su más estrecho colaborador.

Como el misógino-machista que era, Repat no respetaba a las mujeres... por el contrario, el maldito las despreciaba, y había elegido a Felicia Archetto como blanco de sus humillaciones.

Ella sabía que detrás del sol se escondían tormentas que no tardarían en mojar a los que se quedaban quietos en las calles, por lo que antes de que con el anuncio de los inmundos truenos cayeran baldes de agua, tomó la decisión de asumir la defensa de Rogelio Giménez. Tenía que ocuparse; no se encerraría en la riqueza de su abúlico mundo que la mantenía alejada

del poder que la había hecho célebre.

Alerta frente a cualquier agresión, juró frente a sus seguidores más fieles que siempre se centró en las grandes causas sociales, y que todo el mundo estaba sucio, y ese fiscal Repat era un entrometido que no debía hacer disparatados disparos morales cuando él mismo nunca resistiría un carpetazo o una investigación. Tampoco debía pretender que se echaran sobre populares dirigentes políticos un ajusticiamiento ejemplar, cuando las respuestas que recibían de la población eran continuamente amorosas.

IV

En su elegante mansión y durante las primeras horas del día, Giménez se paraba al lado de la ventana y echaba vistazos sobre la desaprensión y el desorden que promovían las estacionadas camionetas de canales de noticias. No soportaba los obstinados asedios de la prensa que con numerosas prepotencias constreñía al normal desarrollo de sus horarios. Tenían la obsesión de filmarlo a toda hora y desde cualquier ángulo, con la propensión de que centenares de imágenes suyas (en las que generalmente se lo veía desalineado) derivaran en insensatas caricaturizaciones de la "corrupción" del anterior modelo político. Era extraordinaria la libertad con que se movían, y la cantidad de argumentos extraños que creaban con el llano objetivo de engañar a la audiencia.

Rogelio Giménez atisbaba detrás de las cortinas a los reporteros que desde la calle solicitaban que respondiera por su despejada obediencia a la Señora, y que ridículos o infames, conmemoraban con seriedad las farsas que habían fabricado... ya que después de una inusual serie de repeticiones no se las percibía como trucadas inferencias.

Si bien eso le resultaba asombroso, no se sentía la víctima de nada, ya que merced a los regios asentimientos que le dio a la Archetto, ambos habían multiplicado majestuosamente sus activos.

Habían consolidado una riqueza descomunal, pero dentro de su cosmovisión no había robado, sino que (narrando las cosas con la propiedad), gracias a su afabilidad afianzó el curso que le dictó la Señora que resultó ser muy remunerador.

En el fondo, siempre mantuvo un generoso estándar de honestidad, ya que jamás incumplió con la Señora ni se le dispararon sentimientos de ingratitud hacia los amigos.

Sin embargo, a Giménez lo invadían resquemores y resentimientos, ya que su relación con Ella había variado, y él no era el mismo que había ofertado y aceptado sobornos de su parte. Si la situación se deslizaba fuera de las presunciones básicas, notaría lo que había ocurrido desde

otros ángulos... y para unos cuantos, los siguientes horizontes se tornarían negros. ¡A no joder muchachos, que él había registrado todo lo que había pasado por sus manos, y no hizo eso porque así se sentía importante!

No le gustaba que lo ojearan tanto; todos estaban detrás suyo sin querer ver que sólo fue un sirviente... había servido a un fin colegiado, brindándose con un corazón puro a una causa que otros ensuciaron. De ninguna manera había cometido actos reprobables; y de lo que había hecho se sentía orgulloso (aunque nada altanero), pese que a veces dio la impresión de haber sudado.

Como no era difícil de explicar, los detractores de la Señora Achetto necesitaban un chivo expiatorio, y le tocó a él interpretar ese rol, a pesar de ser un sujeto serio y adusto (que de a ratos coordinaba a un benigno humor) que jamás hizo maldades. Se hartaba de las sospechas de los que requerían su inmolación.

Giménez se hallaba indefenso en el medio de ese conflicto, y frente a los coloreados vehículos de los canales de noticias, sus pensamientos fueron asaltados por crueles teorías: "¿Quién estaba detrás de esa manipulación diabólica de la prensa que le exigía que hiciera declaraciones inculpatorias?" "¿Existía con un personaje que se ubicaba en la oscuridad, y ya lo había condenado a través de sus delirantes invocaciones e irracionales instintos?" "¿Por qué tenían la compulsión a rodearlo en su ámbito íntimo?"

Luego de colocar algunos terrones de azúcar al café, esa desconfianza que le brotaba a intervalos, lo llevó a iniciar una cuenta regresiva. Si continuaban tirándole torpedos, haría que la reputación del gobierno anterior se hundiera en forma irreparable. Si creían que su sacrificio les daría impunidad, deberían prever que colaboraría con la Justicia aportando datos muy concretos.

Y si Achetto no lo sacaba del lodo, la denunciaría como la responsable final de grandes expoliaciones al erario público, y anexaría a ese informe un amargo examen de su autoritarismo. Ella, que decía que se atropellaba contra las paredes por no entender que carajos pasaba, era la más impresionante ladrona de todos los tiempos. Giménez haría lo que habría que hacer sin turbaciones... sólo retenía su paciencia en la espera que esa delación se justificase. Si persistían encadenándolo a su casa de esa forma, no sabía por cuánto tiempo aguantaría mantener la acostumbrada jovialidad en su rostro.

Acicalando sus rasgos frente al espejo, tomó una pastilla que acabaría con su intenso malestar estomacal, y pensó que sería capaz de vender su alma al diablo para liberarse de esa abrumadora presión.

Se sentía inquieto porque se sucedían hechos sin precedentes. Respiró, no tenía por qué padecer más, ni renunciar o perder la fe. Tomó su celular para hablar con la mujer de uno de sus hijos; le dijo que ese sábado fueran a comer asado al Country, y que no prestaran atención a lo que rumoreaban los medios, ya que estos proyectaban desfiguraciones pagadas por el oficialismo. Tenían que familiarizarse con esas sumas y combinaciones de propagandas pérfidas.

Al cabo de un par de horas le llegó un mensaje de texto de Salcedo, el primario operador político de la Señora. Ese hombre puso en evidencia las preocupaciones de la mujer, que de poco iba cimentando una deslumbrante estrategia.

Giménez lo había esperado con ansias; al abrirlo, comprobó que, si bien este era algo dilatado, se constreñía a lo que quería oír. Estaba redactado en un tono optimista ya que le señalaba que no tenía por qué perturbarse, y que cerrase sus ojos, tranquilo, porque por arriba no transitarían bandadas de asquerosos pájaros que arrojaban heces. Los malos tragos acabarían de repente, y la justa prosperidad que disfrutaba nunca sería abolida, porque durante esa misma jornada (y sin que mediara una tenebrosa imaginación) se verá cara a cara con el diablo con el objeto de que lo saque de ese pozo jurídico sin dejar pieza sin arrasar.

Apelaría a lo que para unos cuantos era inconcebible (debido a que nunca habían tomado al pie de la letra los luminosos discursos de la Señora que invitaban al virtuosismo dentro de la unidad). Sin dudas, el diablo superaría al punto muerto que se encontraba en la contradicción, con la fragorosa barbarie de quien equiparaba al orden mundial con veladas metafísicas. Le brindaría una ayuda desprovista de circunloquios para que no triunfasen los contrarios a la gloriosa gesta política liderada por la Señora Archetto.

Esos desvergonzados contrincantes serían desbaratados, y no recitarán retorcidas alegorías a la ciudadanía, por mohosas cuestiones fácticas con que tuvo que lidiar el gobierno anterior. El diablo empujará a los vientos que los irán amainando. Sus maniqueas opiniones serán completamente desmanteladas a través del oficioso intercambio de papeles que se efectuará en sede judicial, de acuerdo a las proyecciones que ya fueron previstas.

El diablo aportará sus privativas facultades, y destituirá a mazazos a los oponentes haciendo una astuta interpretación de la ley (lo hará sin amedrentarse y lleno de indignación). Cubrirá de una orilla a otra a el expediente, hasta hacer viable la conversión del mar en tierra firme.

Primero, dirigirá a la Justicia algunos razonables elogios, ponderosas palabras que contendrán perseverantes y burocráticos ornamentos (con esas eximias fórmulas demostrará fácilmente que con su voz letrada se

sujetaba a la profundamente honorífico que llena con vanidad a esos estratos).

Luego, establecerá necesarias apelaciones jurídicas utilizando un ampuloso lenguaje formal... que terminará exonerando a quien fue el principal ministro de la Señora. Sin recurrir a suplicas, sus enunciados darán la definitiva versión de los hechos. No habrá nada que temer, aunque las cosas resultaran inexplicables.

Giménez no hablará mucho; sólo firmará los correspondientes documentos que silenciarán a la terrible disidencia que lo había incriminado en una repulsiva vaguedad.

Ese abogado abrirá con asombro a sus grandes ojos celestes, se rascará la cabeza, y con una pétrea sonrisa le pedirá que deje todo en sus manos, ya que él sabía cómo conducirse durante ese proceso en el que se habían depositado sobre su figura política a agravios incalificables.

El diablo no impresionará a nadie con osadas fanfarronerías, únicamente se abocará a los dificultosos aspectos técnicos de esa controversia. La Señora le había ordenado que no hablase de bueyes perdidos, ni contara anécdotas de sus diversos pasados, de hecho, le exigió que corrigiera con altura a los ignominiosos que se habían equivocado, o sea, que reconfigurara los hechos de acuerdo a lo que ella aseguraba que habían sido.

Sin dudas, el diablo alcanzaría un hito sobresaliente en el pensamiento jurídico, que a los nefastos dejará con las bocas abiertas, los miembros anestesiados, y las miradas dislocadas. Estos harían un prolongado escrutinio de sus conciencias, mientras que una torcedura desagradablemente biliosa se enquistará en sus rostros.

Con su gran labor intelectual, eslabón tras eslabón, el diablo desarmará a las lastimosas acechanzas con que los desalmados adosaron graves culpas a un inocente.

Salcedo confiaba en la metodología de la Señora, quien debido a su superior coeficiente intelectual enderezaba lo que había sido doblado, desde el relajado confinamiento de una de sus fincas. Frente a la descomedia variedad de zafarranchos, se orientaba por áreas de las que mandaba a hacer estudios exigentes, y encontraba increíbles soluciones a los absurdos que giraban a su alrededor como trompos.

Se enfrentaba con tenacidad a esa precaria amenaza porque se había hastiado de la "rebelión política de los jueces y fiscales". Su desvelo se centraba en desengañar a sus enemigos, instándolos a recapacitar acerca de sus errores, y a que no se esmerasen más en hacer lo contrario a lo que les correspondía (es decir, para que su pusieran a trabajar en serio

por la nación estaba decidida a darles sonoras bofetadas de sabiduría).

La Señora Archetto estaba muy bien conectada con la realidad; en su gimnasio privado tenía enormes pantallas que le permitían ver y escuchar las últimas noticias, y sacar penetrantes conclusiones acerca de las opiniones prejuiciosas que los periodistas se atrevían a transmitir.

Caminando por horas en la cinta mecánica, se quedaba absorta en los acontecimientos locales, en aquello que iba en contra de sus principios, y en los que querían crear falsas memorias en la población al situarla en contextos fantasmagóricos. Observaba hasta el mínimo detalle lo que sucedía, pero tomaba suficiente distancia con el objeto de seguir administrando los sueños de sus partidarios sin mostrar una falsa modestia.

Santiago Salcedo le explicó a Rogelio Giménez que, arrogándose el ejercicio de la ironía (más allá de las construcciones metafísicas que otros le asignaban con un dejo petulante), la Señora llamaba "el diablo" al abogado Juan Alberto Mares, por su mítica contumacia a la hora de defender sus intereses.

Sólo a él, la Señora le delegaba la defensa de sus hombres honestos con la advertencia de que el curso de su actuación confluyera con los conceptos que le había narrado de antemano.

Lo ubicaba en cualquier hora del día y le indicaba sus posiciones prácticas, su entendimiento de los virajes que se iban dando, y las variables que había que medir. Enseguida le demandaba a los gritos que lo espurio y asimétrico fueran removidos, que se dirigiera al meollo de los asuntos, y con una avasallante exposición jurídica saneara a los burdos expedientes antes de que adquiriesen persistencias enfermizas.

Y le lanzaba directas amenazas al sugerirle que en caso contrario produciría a su democión sin que pudiera aferrarse más a sus ocultas circunstancialidades.

El diablo hacía lo que le pedía con celeridad y mucho temor a fallarle, porque se espantaba cuando en sus graves enojos atestaba a su boca con violentos acertijos, y lo acusaba de traspasar los "límites de su tolerancia". Aunque festejaba a su pericia legal en forma recurrente, no dejaba que masticase alguna idea rara en su contra.

Giménez sabía que algunos afirmaban que la Señora y el abogado no se conocían personalmente, y otros, que Mares era su amante.

Los estilos de esos crónicos chismes eran cínicos o burlones, y nunca se descubriría la verdad. Para Salcedo, lo real era que ella y Mares mantenían una estrecha relación laboral, poseían propiedades en común,

y como socios se hacían esenciales confidencias que iban más allá de la conservadora relación que en general mantiene un profesional con su cliente.

Él, como la prudente persona que era, jamás llevaría a cabo indeseables investigaciones de esa cuestión privada, y cómo se atribuía ser un pensador pragmático, no influenciaba a sus sanas perspectivas con las tosquedades de los chismes.

Giménez, que acumulaba muchas preocupaciones y fastidios por la abierta, simplemente aceptó lo recomendado por la Señora y entregó al diablo su defensa. De acuerdo a lo que dictaminó la mujer, dejaría que los adversarios continuaran con sus divagaciones hasta que fueran carcomidos por la degradación política. Es decir, no les concedería relevancias en su mente con el genuino supuesto de que así cesarían de existir.

Además, Felicia Archetto le había pedido por intermedio de Santiago Salcedo, que se concentre en organizar íntegras y provechosas actividades partidarias, y redacte documentos que aclarasen en forma programática a sus imponderables puntos de vista.

Rogelio Giménez se distendería y confiaría plenamente en el diablo a quien ninguna defensa le había salido mal. Ese era el consejo que le había dado como una leal amiga que nunca se quedó cruzada de brazos cruzados, o en silencio, frente a las andanadas de vejaciones con que lo fulminaban.

Inexorablemente, los objetivos políticos de la Señora se cumplirán uno a uno, y al final, el Partido volvería al Poder con dolorosas memorias de las persecuciones sufridas, y el afán restaurador que trae la venganza.

A la Señora no le resultaba arduo comparar a ese presente de tantas bajezas con las grandezas futuras, puesto que en las urnas los despabilados ciudadanos refirmarían a sus derechos con el cuerdo propósito de que el bien público prevalezca, y ella gobernase por décadas sin que algún trasnochado la menosprecie diciéndole que había hecho alguna que otra cosita apócrifa.

El actual intríngulis no tenía por qué acobardar a Giménez. Y al final, este expresará vehementes palabras de gratitud a la Señora.

- "Sólo el hombre que no teme aprender, agradece a quien le enseña", ella le había dicho entre pomposa y humilde.

Al entrar al despacho de Mares, alias "el diablo", este le dio a Giménez este enigmático anuncio:

-"Ésta hora está más allá del remordimiento, o de las invocaciones a ser veraz, y sólo la fidelidad de mi cliente dará sustancia y sustento al trabajo que realizaré".

Esa era la modalidad en que se basaba ese abogado que no se destacaba por proceder inespecíficamente, ni por retraerse a contornos difusos durante sus alegatos. Mares también afirmó que su profesión se encontraba más cerca de las matemáticas que de las ciencias sociales, lo que fue su sólida definición de que a partir de ahí nada se regiría por ambivalencias, y que la aterradora libertad del hombre era algo que jamás discutiría. Esa era una moderna reedición del criterio que había repetido millones de veces. Bien sabía que el temor a caer preso hacía que los hombres olvidasen sus nombres, rediseñasen sus rostros, y se plagaran con misterios. Asimismo, que después de la pérdida de libertad, algunos pocos se acomodarían a un proceso de rehabilitación, pero la mayoría quedarían inutilizados, y rellenarían sus días con más notorias desvergüenzas.

Mares se asumía como un guerrero cuyas armas eran los graduales alfabetos que forjaban a las leyes, y al que nunca se le atestaron los ojos con lágrimas ni de sus labios partieron frases hipotéticas. Su arrogante disposición se advertía en sus cabellos teñidos con un vulgar color sangre, y en sus sonrisas apenas perceptibles que denunciaban lo que ocurriría. Se creía especialmente capacitado de predecir el futuro y a hacer sobre este un intrincado examen.

En una ocasión le declaró a la Señora, que antes del conocimiento había adquirido una indeleble autoridad, por lo que repelería con su dedo a los que la desautorizaban y a los que pretendían violar el derecho elemental que tenía el individuo de caminar erguido por las calles.

A partir del momento que Rogelio Giménez entró a su despacho, se enfrascó en dividir versiones, crear conjeturas que atrajeran nuevos y más eficaces dilemas que no serían artilugios aislados, sino el discernimiento de feroces anomalías. Compungido y casi con recogimiento, le expresó que estaba ahí sentado para oír a lo que hasta entonces había sido un doloroso silencio, e irrumpir a los gritos con el objeto de acabar con semejante desolación.

Pese a sus tonos altisonantes, Giménez se dejó llevar por el entusiasmo de Mares, y el majestuoso grado de devoción que tenía hacia Felicia Archetto que le daba la oportunidad de desgajar a múltiples contextos negativos.

- "Los que lo atacan sólo procuran abyectas ventajas circunstanciales en una época que a cada hora se vuelve más turbulenta; estos obedecen al tótem último al homogenizar las instituciones y socavar los pilares del Sistema", le dijo sin mostrar asombro, pero sí a una seca indignación.

Los sujetos con los que la Señora tenía que enfrentarse cuando aún escaseaban los soles de primavera, tenían duras cervices, y había que individualizarlos como portadores de gérmenes maléficos, y expulsarlos de los escenarios de poder para que no continúen propagando sus impurezas.

Juan Alberto Mares repetiría técnicas anteriores; debido a su experiencia extensísima no haría las azarasas digitaciones propias de los aprendices. Se ufanó de su dominio y control, y de su intención de moldear las enteras características del individuo que se ponía bajo su tutela. Había un severo nexo entre su conciencia y lo que nunca sería verbalizado... y no hacía caso de los que decían haber sido víctimas de sus excesos, porque cargaba sobre sus hombros a la responsabilidad histórica de delatar (eso era su más poderoso proyecto reflexivo).

Conocía a las retrospectivas jurisprudencias de ciegas generaciones, ya que sus equipajes no desaparecieron después de que sus almas fueron vendidas al mejor postor.

Sometiéndose a un tenaz diálogo consigo mismo, el abogado afirmó que algún día revelaría los nombres de aquellos sujetos displicentes que a sus espaldas celebraron oscuras connivencias. También que no merecían ser ahorcados quienes evadían sus impuestos, calcularon mal sus fechorías, o al menos eran inofensivos traidores.

El hablar así, le promovió una sensación de contentamiento, porque (a esto había que subrayar): "no habitan en distintos universos los malvados y la gente que supone ser normal".

A continuación, posó su mirada sobre las por las paulatinas concatenaciones de asépticas leyes que dormían en su biblioteca.

- "Crearé un clímax dentro de la cual no será necesario disculparse por el pasado, ni consentir con las petrificaciones estatutarias que imponen los que dinamitan los santuarios privados del hombre con acusaciones de desestimable duración. Luego, recompondré las disonantes incompatibilidades que se hallaban a la vista, con sólo citar a fuentes históricas que generarán remordimientos y extrañezas", dijo con aprobatorios contorneos de su cabeza.

Giménez debía saber que su desempeño se basaba en ávidos quehaceres mentales que sumó en tiempos de inmanentes grandezas. Hacía súbitas transferencias a la actualidad de las certezas antiguas (sentía que vivía en

aquellos mundos míticos que se ensanchaban en la clandestinidad). Su poder estaba más allá de la crudeza del mero desear, y no le permitía disolverse en ocios o adormecerse. Su emblemática empresa era guiar a los hombres que sentían una bestial animadversión hacia cualquier ascética disciplina.

Incurriría en aquello que no se podía expresar porque sólo se articulaba en el silencio o en aquello que este escondía. De acuerdo a lo solicitado por la Señora Archetto, ya había elaborado imponentes párrafos cuya exposición crearía torbellinos de pavor en el bando contrario. Estos contenían pasmosas cargas que se remontaban a un ideal que no era parcial, pero nunca sería dilucidado por completo. Ese fue el convite que le hizo la magnífica dama, cuya mente había sido moldeada por estimulantes metafísicas (lo único que no le placía de ella, era que le recordase ciertas fallas que alguna vez tuvo en su liderazgo... en un momento en el que no fue demasiado elocuente ni elemental).

- "Nada ni nadie me desviará de la impetuosa alianza con esa mujer, cuyo eje reside en el sinceramiento", estableció Mares que adujo venir de un pasado que nunca terminaría de hacerse presente.

Frente a los gestos algo aturdidos de su cliente, el abogado se catalogó como un hombre sin enajenaciones, que encontraba consuelos haciendo lo que no entraba en el canon ordinario. Y sus esfuerzos habían obtenido sublimes resultados porque nunca simuló frente a los ignorantes ni complació a los ramplones.

- "Para mí, no hay mayor timo que pretender agradar a quien sea. Y a causa de mis habilidades plenamente desarrolladas, nunca he gastado un minuto en ser condescendiente. Lo que reúno en mis alegatos no son acervos accidentales, sino verdades de hierro obtenidas de una multiplicidad de fuentes. Son los corolarios brillantes y portentosos de los yerros que se fueron cometiendo por los perdidos senderos del mundo".

Mares contempló deslumbrado como ese juicio participaba del añejo desorden que tenía gratas prelações, y que de por sí develaría a lo venidero de lo que sacaría una inmediata conclusión, pero lo obligaría a implementar ingentes dispositivos de vigilancia.

Hizo una pausa, se acomodó la corbata con circunspección, y frotó su largo dedo en las letras de un anaranjado tomo de jurisprudencia, en el que estaban convenidos las penas (los precios), y la terrible morbosidad de un sistema que erosionaba al hombre que caía dentro de sus telarañas.

Mares fabricó un argumento que elogiaría a Giménez como un individuo inofensivo; nada en su historia lo arraigaba al extravío que le querían

adjudicar.

Eso le suscitó un alud de exaltados pensamientos; no tenía por qué perfeccionar a su pasado con un descarriado cuento de hadas, ni era su misión embellecer o hacer ejemplar a alguien.

Tampoco era un profesional que necesitaba estudiar hasta las segundas mitades de las noches aquello que establecían los porosos estatutos legales.

Levantó la cabeza, enfrente tenía al pobre desgraciado cuya supervisión le fue encomendada por la Señora, el habitual idiota, un hombre lleno de desalientos, torvo, y de espíritu apagado. Se trataba del eslabón menos importante en la versátil cadena de la justicia, y a quien le resultaba imposible tener en cuenta por sí mismo.

Igualmente, y gracias a la Señora Archetto, también se trataba del afortunado que, al día siguiente de la sentencia absolutoria, amanecería feliz, como si después de abrir la ventana de su habitación extendiera su mirada sobre límpidos jardines, cuando antes el horizonte había sido un arco repleto de negruras (acerca de la especial idiosincrasia de ese hombre, la inapelable mujer le había enviado un texto con notas y referencias manuscritas).

Giménez no despertaría más con un grito de terror por sentirse permanentemente sondeado, o por enterarse que las embrutecidas fuerzas de la humanidad censuraban sus manías, o que sus períodos de introspección se alargarían por tiempos indeterminados.

Juan Alberto Mares estaba encantado con la anomia de esa sociedad que le daba al caos ennoblecedor la apariencia del orden inmaculado. Le gustaba vivir dentro de una espontánea incertidumbre ya que entendía a la cavilación como una piedra de apoyo para sus pies.

Y admiraba a la Señora Archetto, a la que en repetidas ocasiones la alabó como la principal referente política del siglo veintiuno: una mujer con la sagacidad de Winston Churchill y la ferocidad de Joseph Stalin. Por ella defendería a ese partidario que había sufrido vejación a causa de su conducta viril.

Rogelio Giménez se inspiró en la mucha confianza que se tenía ese profesional, sin embargo, notó algo particularmente adverso y huidizo, en la manera con que tocaba los temas. Pero no, se trataba de alguien muy preparado que cortésmente se ponía en un segundo plano detrás de la Señora, a quien amaba y temía de acuerdo a los toques amables o imperativos con que lo zarandeaba.

En el segundo tramo de esa entrevista y trasuntando algunos bordes intempestivos de su personalidad, Mares se permitió leerle algunas cartas que escribió en su lejana juventud, cuándo creía que adquiriría el conocimiento del mundo sin ensuciarse con sus barro (“¡oh, aquella edad poética cuando mi magnífica voluntad había sido la heredera de otra mayor!”, dijo contrariándose). Estas estaban escritas en latín, un idioma rico en sutilezas y matices, que aún leía siguiendo a su arcana predilección por inviolables prosas.

El consagratorio poder de esa lengua fue determinante en una historia que había mutado. Rogelio Giménez no debía olvidar que los abogados trabajaban de acuerdo a dictámenes que habían sido confeccionados por los antiguos romanos que solían sentarse sobre sillones de piedra con la consigna de debatir durante horas con el simple objetivo que las suyas fueran las voces dominantes.

V

Por un corto período, el doctor Juan Alberto Mares efectuó aguerridas descargas sobre las ciudadelas de papel creadas por el fiscal Repat, hasta que derribó a esos endeble muros con que se había intentado distorsionar a la honesta clase política. Había superado dialécticamente a ese desatinado que sin cesar había echado tesis paradójicas sobre la opinión pública. Así, su grosera ostentación se vino abajo.

El diablo se condujo con exactitud para la producción de ese efecto, y cuando su éxito fue confirmado, citó el prefacio de un libro que fue escrito primero en griego, y luego se tradujo al latín... uno de los tantos que había puesto en marcha un escritor anónimo de un siglo que había sido un desastre (se trataron de versículos que no reunían rasgos poéticos ni ensayísticos, y se ubicaban en sectores linderos a los del campo literario).

Y tras un interludio de las audiencias, se autorizó a hablar de la ilusión que desde siempre envolvió el devenir del hombre, quien nunca cesó en su ingénita costumbre de divagar en paralelo a la extenuación que le creaban las arables parcelas del mundo. Pasmado por la visión de enormes enigmas, Mares se puso eufórico... y desatendió al mandato de la Señora de no hablar de más. Con fanfarronería, determinó que el saber era la forma más cortés de ilusionarse; este establecía una atenuada diferencia entre el hombre y el animal, porque hacía que el primero hablara a borbotones creyendo que así entraba en posesión de alguna posibilidad inesperada.

Más adelante se reunió con la Señora en un local del Partido, en donde ésta pagó sus honorarios (una suma que no cubría a sus insaciables gustos, pero no carecía de importancia), puesto que no existía nada en la tierra que tuviera un valor abstracto, nada que estuviera libre de ser incluido en un importe. Y hubiera sido una absurda vanagloria no cobrar

por su trabajo (además, lo hubiera demostrado como un sujeto ansioso en destruir su autoestima).

La transacción con la Señora se cumplió de acuerdo a lo consensuado inicialmente sin bordear los ásperos límites del amor y la traición, que a pesar de ser distintas categorías siempre formaron una ineludible Unidad (cualquier estudioso de las Escrituras sabe que para que existiera Jesús de Nazaret, fue necesaria la abnegada participación de Judas Iscariote, y que, si se quería hacer posible al jardín del Edén, la Víbora debía hacer de las suyas).

VI

Giménez dejó de estar fastidiado y molesto con la Señora, y se alegró por los temores que ella infundía sobre propios y extraños.

Por cierto, que después de su euforia sentimental, Mares se constriñó a su usual oficio sin predicar asuntos inmemorables ni hacerse pasar por un desengañado profeta.

Había cumplido la orden de Felicia Archetto de conseguir la absolución de su subalterno venerando a veredictos anteriores, haciendo un buen juego de las predominantes doctrinas, y citando a meditabundos juristas del siglo veinte. Ante ese éxito la fachada facial de Mares se distendió, sus ojos brillaron, y sus finos labios desataron a titilantes sonrisas.

VII

Haciendo pendulares movimientos con los brazos al caminar, Giménez percibió la suave eternidad de las fragancias con que se envuelven las flores, y a la primavera que reaparecía con sus numerosos verdes.

Durante esa época de agradables temperaturas en que la gente se convenía a salir de sus casas, y sin los anteriores embrollos que habían contradicho su cualidad de biempensante, el ex ministro entendió que la dicha era la emoción que debería prevalecer. Al final, la Señora había reducido a una mínima expresión aquellos trastornos que eran los inescindibles firuletes del juego político.

Rogelio Giménez no se desligaría de las invencibles habilidades de la Señora Archetto, y mucho menos apostataría de su Causa, ya que ella tenía en claro que lo necesitaba a pesar de su trato duro y a veces injusto.

De tal forma acrecentó su veneración hacia esa mujer que juramentó que, si se lo pidiese, le entregaría su vida o su libertad, sin que eso fuese interpretado como una convulsión romántica, o la pérdida a favor de la

locura de sus aplacadas cualidades.

También se aseguró que, si bien con su gratitud no depondría las fronteras de lo racional, desdibujaría su rol (renunciaría a un cargo político) si servía como un refuerzo al trazado de la línea política de la Señora.

-"No hay", esta le había dicho, "quién para construir un puente, primero no tenga que superar las amenazas del río. ¡Hay que animarse y construir al puente, sin que la imaginación convierta a la lluvia en una inundación y a uno en un cobarde!".

Resuelto a descansar de esa crisis, Rogelio decidió tomarse unas vacaciones en el Brasil. Quería separar, como si fuera una tabla con dos columnas, al antes y al después, y alivianarse bajo una renovada atmósfera. Por algunos días reposaría feliz en el país vecino, ya que no se había equivocado al confiar en la Señora quien lo había ayudado de acuerdo a sus francos recursos y a la firmeza de su temperamento.

Pronto se halló en los alrededores de Río de Janeiro en una zona alta, franqueada por árboles de troncos elásticos, con dichosas vistas al mundo que no sólo era real, sino que se complementaba muy bien con el de sus fantasías. Todavía estaba algo turulato, pero después de tantos agobios efectuaba un periplo que lo colmaría con tranquilidad.

En ese apartado lugar, el ex funcionario argentino volvió a ver al diablo. El color del cielo parecía pintado por un inmenso lápiz azul, y no había nubes que descuajaran a esa lisura. Giménez se había entusiasmado durante su ascenso por ese morro, y con la idea de tener una amplia vista de ese paisaje, se atrasó con respecto a su grupo de excursionistas.

Su encuentro con el diablo fue inesperado, genuino, y hasta amable. Mares le hizo gestos para que se acerque como si quisiera disuadirlo a hacer algo que no sería provisorio. Ese abogado no le traía buenos recuerdos, pero debido a una increíble coincidencia ambos estaban dentro de la misma línea del espacio lejos de los foros de Buenos Aires, y de sus tradicionales cafés. Giménez se obligó a conversar con él, mientras sus familiares y amigos se distanciaban (no desairó a ese sujeto al que le debía tanto).

Los dos quedaron confinados en una cumbre rodeada con matorrales, y Mares lucía algo diferente, pero se trataba de la misma persona que en Buenos Aires lo había quitado de las garras de Repat. ¿Qué hacía tan lejos de la gran ciudad, el hombre que se supeditaba con obsecuencia a la Señora? Tal vez dirigía un servicio de consultoría en el Brasil, o simplemente estaba vacacionando. Con esas conjeturas en mente,

Giménez venció cualquier reticencia a acercarse.

El diablo afirmó sin enredarse con equívocos, que un milagro de diferente signo los había aislado en ese paraje. Y a ese hecho no lo juzgaba como un imponderable, sino que lo enorgullecía, aunque produjera en su ceño a un dibujo melancólico. Una cosa era segura: no se encontraba en esas latitudes con el objeto de subestimar las capacidades de quien había sido su cliente.

El diablo, que hasta entonces se hacía hecho llamar Doctor Juan Alberto Mares, dijo gratificarse por verlo tan bien, y que lo había echado de menos. Había llegado al Brasil con el propósito de pensar en lo que pasó, dejar atrás a las asfixiantes muestras de gratitud de los compañeros, y purificar su conciencia a través del olvido. Temía que, si alargaba demasiado a su presencia en Buenos Aires, sus admiradores no terminasen de banalizar a sus labores con tantos elogios intrascendentes.

Sin embargo, un detallado escrutinio hubiera posibilitado ver que había una extraña desconexión entre los conceptos que vertía y sus gestos; hablaba con un esmero formal, pronunciando palabras de apariencias descollantes, pero que no confluían con los movimientos de sus labios.

El diablo se desenvolvía en forma contradictoria, sus dichos conspiraban en contra de los usos que usualmente se les asignaba, además de consignar una pavorosa entidad a algunos lugares comunes. En el primero de esos segmentos coloquiales, se preocupó por la salud del ex-ministro, su bienestar psicológico, la rapidez de sus reflejos, y la hora que se iba a dormir. Además, le preguntó si ya había tomado los medicamentos del día, y si contaba con una obra social que cubriera emergencias médicas en tierras foráneas. Agregó que, si se moría, de seguro sus hijos lo irían a llorar, lo que más que una impura premonición, se trató de una denodada gentileza.

Con tales fórmulas que entonó con suavidad mostró un vivaz interés en cuidarlo. Y le lanzó la advertencia de que después del esfuerzo que había hecho por su prosperidad, no debía descuidar su salud. Ese fue un raro limbo al que rellenó con su quisquillosa amabilidad.

El diablo le habló con la horrenda delicadeza, del que no haría ningún esfuerzo en impedir lo que estaba a punto de suceder; aquello que, al dividir una vez más a los tiempos, instalaría las cosas en su sitio. Pronto se descontrolaría, y dejaría de hacer insólitas preguntas de reconfortantes prolegómenos. Y precipitaría una cruel vivencia que ya había sido anticipada por su voluntad que nunca aceptó a que hubiera demasiadas vicisitudes sobre una problemática.

Había una concisa instrucción de por medio, que hizo que la sumatoria de su paciencia llegue a un fin. Ese agradable escenario natural había sido acondicionado para despachar un acto por el cual el diablo nunca haría penitencias.

Mares se aproximó hasta casi tocarlo, y después de lanzarle algunas patadas preliminares, con piedras que había tomado del morro, le pegó varios golpes en la cabeza que acabaron con su vida. Había tramitado, una vez más, una duplicidad que nunca constaría en archivos oficiales. Y no le incomodó ese quehacer, por el contrario, se tonificó a causa de la gran perfección con lo que lo había llevado a cabo, y por no haberle dado a entender al occiso si había habido razones baladíes o meritorias que justificasen (o no) a su asesinato.

Manteniendo su pulcritud pese al revoleo de polvos, el doctor Mares siguió por su camino como si fuera un turista más que volvía a su comunidad ambulante con la intención de celebrar nuevos encandilamientos y compartir enormes curiosidades. En el ómnibus, el viaje continuó embelesando a los viajeros mientras transcurría ese bello día de mediados de noviembre. A simple vista no había sucedido nada lacerante ni capaz de ser referido como la fracción de una pesadilla. Sólo se apreciaron hermosos parajes en un trayecto que los ligaba con fascinantes puntos.

¿Qué ocurrió?

Cómo dijimos, Juan Alberto Mares no había sido contratado por Rogelio Giménez, sino por la Señora Archetto, quien, aplanando con sus labios a una apenada sonrisa, le había dicho al exitoso profesional que no bastaba desanclar al barco del puerto, además, había que hundirlo y cerciorar que su timón quedase irreparable. Se lo dijo irritada, con un agudo acenso en el tono de voz. A su ya escasa urbanidad la disipó completamente y palidecía con miedo. Su implacable pragmatismo la instó a destruir la bondadosa actitud hacia Giménez que había sustentado durante el juicio.

Ahora resultaba imprescindible que a este se le adjudicaran las agigantadas estrecheces de su gestión. Aquello no sería clavarle un puñal por la espalda, más bien era la textual admisión de que había fracasado. El presente se le había vuelto un poquito aterrador de acuerdo a los informes que le fueron llegando.

Esta fue la continuidad de los hechos:

Disconforme con la absolución de Giménez que logró el doctor Mares, y despilfarrando al máximo a los recursos del Estado, el fiscal Repat organizó una ofensiva judicial más prominente que la anterior. Después de desenterrar a nuevos hatos de evidencias, había encontrado al subterfugio indicado que le permitiría abrir una nueva causa judicial en contra de ese sujeto. Por lo que retomó sus ataques con abrumadora

pedantería.

Para la Señora Archetto la persecución de ese fiscal había ganado en temeridad. Ese oscuro carancho mantenía una impertérrita sed de venganza que requería de un chivo expiatorio a quién degollar... quien, por no querer sufrir una funesta estadía en la cárcel, podría arrepentirse, o manifestar un hiriente desdén hacía las cautas instrucciones que le serían entregadas mientras residiera en un centro penitenciario. O sea, podría tejer esperanzas de conseguir indulgencias a partir de la vil explotación que haría de sus recuerdos.

Repat seguía siendo punzante, colérico, y se arrogaba feroces intransigencias en contra de los que habían edificado al proyecto popular. Frente a las cámaras de televisión había apilado frases rimbombantes. Otra vez se había ubicado en donde siempre quería estar, en un pedestal alto que le daba la seguridad de ser visto por todos; su verdadera preocupación era no pasar desapercibido.

La Señora se compungió por tener que sacrificar una Torre, pero en el juego de ajedrez siempre ganaba quién mantenía invicto al Rey. "En este caso a la Reina", dijo y rio con una estudiada y cínica manera. No tenía más opción que seguirle la corriente a ese infatuado fiscal, con la cruda comprensión de que la muerte era el remedio más fuerte de cualquier enfermedad. A la horda que pedía su sangre, le entregó al hombre que obró con torpeza y malignidad, y nunca había dejado de parecerle siniestro. La había defraudado pese a unas pocas disciplinas y restricciones que le había sabido imponer.

Para los "fabuladores compulsivos", la Señora era la encarnación del mal. A estos les escaseaban los ideales, y la atacaban como si el pasado fuera algo por lo que debía responder, como si ella fuera responsable de lo que únicamente pertenecía al Reino de las Desgracias. La Señora Felicia Archetto había hecho un extraordinario gobierno al que con descaro sometían a repulsivas investigaciones.

Era obvio que el planteo de esa gentuza nunca resultaría convincente, y que estaba obligada a hacerle oídos sordos, pero de ninguna manera se convertiría en una complaciente víctima de sus arrogancias... fundamentalmente después de haber sido tan popular y exitosa.

Lo que ocurrió en el Brasil, también fue comentado por el sigiloso Santiago Salcedo. En una rueda de prensa, afirmó que la Señora estaba triste y arrepentida por haber ayudado a quién en verdad desfalcó al pueblo. Tarde, pero seguro, había sido descubierto que la verdadera vocación de Giménez era robar sin vacilaciones. Salcedo se había ruborizado al conocer a la voluminosa red de estrategias que había

desplegado el traidor de Giménez.

En esas horas, al retornar del malquistado trecho con un indolente andar y una encumbrada conciencia, Mares notó a la belleza que lo rodeaba, a las apretadas vegetaciones, y a los pájaros que con sus cantos intentaban restarle apatías al mundo. Recordó lo que el guía de su grupo dijo a los turistas: "Al momento de crear el área de Río de Janeiro, Dios estaba enamorado"... ¿Había despertado al amor en esos contornos? Aquel exagerado comentario incrementó su curiosidad.

Algunos sostuvieron qué cuándo lo vio, Giménez cayó irresistiblemente de bruces, y se dirigió a él con rústicos ruegos. Otros calcularon que el estado de vergonzosa placidez en que se encontraba (más que el temor) lo compelió a cometer un atentado contra sí mismo. Sin embargo, lo que ocurrió en aquellas tupidas soledades del trópico, jamás se supo oficialmente, y al final la justicia brasileña encajonó al extraño despeñamiento del ex funcionario argentino como un accidente.

Tal vez fue paradójico, pero se emprendió una investigación que permitió pensar que no lo era. Por debajo del firmamento celeste no se encontró a un solo testigo que recitase cual fue la incomprensible causa por la que Giménez fue derribado por el cerro. No existió algo que permitiera redimir a la mente de las maquinaciones que se incuban por las sospechas.

Los turistas volvieron a sus lugares de origen contentos y agazapados en lo sustancial de sus hábitos, aunque a algunos se les aferraron amargos sabores en las gargantas por esa tragedia que no los tocó en forma personal debido a que la avalancha de piedras no se corrió hasta donde se compactaban en números. (Lo que era categóricamente malo siempre le ocurría a "otros", pero nunca nadie estuvo exento de entrar en esa clasificación).

Por medio del azar habrían eludido la muerte que es la común represalia que se toma el tiempo sobre aquellos que con osadía creen haberse acomodado sofisticadamente en su interior.

Algunos periodistas señalaron que esa tragedia no fue accidental, lo que en su círculo íntimo la Señora Felicia Archetto descalificó, sosteniendo que esos socarrones comentarios eran el telón de fondo de la continua gesta imaginaria de aquellos que la odiaban por qué sí; o tal vez (dicho con indulgencia), de los que nunca comprendieron que nada había realizado para su provecho, ya que el sentido con que invariablemente dotaba a sus acciones, era qué el pueblo argentino creciera y fuera feliz.

Igual lo amaba, y lo protegería tanto como si estuviera sentada en el Sillón de Rivadavia o en un retrete haciendo sus necesidades corporales mientras hojeaba una revista de actualidad. Con sus intrépidas frases de amor era la personificación moral del país, aunque nunca faltaban quienes

intentaban hundirla en el lodo.

¿Y el diablo?

Éste echó los dados; subió las escalinatas que lo condujeron a la ancha habitación del hotel en donde se había alojado Giménez. Miró desde el balcón a las piscinas de plateadas aguas, y le brotó la inspiración de que encontraría en ese sitio a un poco de la quebradiza felicidad.

En Buenos Aires se había dedicado a la abogacía como una novedosa fase de su trayectoria. Y en el Brasil resistiría la tentación de hacer daño, y de dar soberanas palizas al que se cruzaba en su camino. Apenas mantendría unas cuantas memorias con callosa satisfacción, y observaría a las oscuridades de la noche desde un palco aterciopelado.

A fin de cuentas, venía arrastrando agobios constantes y necesitaba un respiro, cambiar los aires, sentir las ondas paradisiacas de ese lugar, no mancharse más los dedos con engorrosos papeles. Se pondría a trabajar en algo simple, se haría carpintero para producir muebles de calidad sin rodearse de lo que tanto le aburría.

En esas circunstancias lo cierto y observable fue que se creó una nueva identidad y cambió su aspecto físico. Su esperanzado plan consistió en que nadie lo encuentre. Y con el nombre de Marcelo Mouras del Soto renunció a las ásperas amenidades de su antiquísimo oficio.

VIII

La Señora dijo públicamente qué le correspondía cumplir con la Ley y denunció una vez más a los invisibles dueños del mundo. Por supuesto que se había desentendido de aquellos mugrosos cohechos cuyas autorías recayeron sobre el infeliz de Rogelio Giménez.

¿Y cómo quedó su relación con el diablo?

Ya no lo necesitaba, así que pronunció un improperio magistral con la intención de que este no se le acerque; de cualquier forma, sabía que el Diablo no se le tiraría en contra suyo, ya que conocía al dedillo a sus secretos más íntimos, y que la estructura psíquica del pobre psicópata estaba completamente minada.

Fin

